

Tradición y continuidad en *Revista de Occidente*

Ignacio Sánchez Cámara¹

Cuando se aplica a *Revista de Occidente* el rótulo *revista de humanidades*, tengo la impresión de que sólo se alcanza a definir su contenido de un modo parcial. Como es obvio, aludo a esa vieja convención que separa las ciencias de las humanidades y que se sostuvo tradicionalmente durante un largo tiempo. Pues bien, la revista no ha caído en ese equívoco en ninguna de sus etapas y sus páginas nunca se han decantado exclusivamente por las letras. De hecho, la ciencia y las nuevas tecnologías han encontrado siempre un espacio en esta cabecera, tanto en el periodo durante el cual fue regida por su fundador como en la etapa de dirección de José Ortega Spottorno. Recuerdo, por ejemplo, el primer número de la segunda época, donde se incluía una colaboración del físico Robert J. Oppenheimer.

El paisaje transdisciplinar se ha mantenido en etapas sucesivas de la revista y desde luego, en lo que a mí concierne, ha de continuar. Afortunadamente, ya se superó hace tiempo el modelo de oposición entre las ciencias exactas y las humanas. De hecho, incluso el propio Ortega procuró dejar atrás esta vieja querrela entre letras y ciencias, tanto en su obra intelectual, publicada también en la revista, como en el Instituto de Humanidades, fundado en Madrid después de la guerra. Así, por ejemplo, en *Misión de la Universidad* sostiene que hay que superar los problemas del especialismo («Es preciso –señala– que el hombre de ciencia deje de ser lo que hoy es con deplorable frecuencia. Un bárbaro que sabe mucho de una cosa») y plantea que «haría de una ‘Facultad’ de Cultura el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior».

En las mismas páginas, indica que «el hombre pertenece consustancialmente a una generación, y toda generación se instala, no en cualquier parte, sino muy precisamente sobre la anterior. Esto significa que es forzoso vivir a la *altura de los tiempos*, y muy especialmente a la *altura de las ideas del tiempo*». Construida en esa perspectiva, la propuesta de Ortega integra cinco grandes disciplinas culturales. Dos de ellas tienen carácter científico

¹ Director de Revista de Occidente [Declaraciones recogidas y transcritas por Guzmán Urrero].

–la imagen física del mundo (Física) y los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología)– y las tres restantes corresponden a las humanidades –el proceso histórico de la especie humana (Historia), la estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología) y el plano del Universo (Filosofía)–. En suma, como queda de manifiesto en este ejemplo, Ortega consideraba que la ciencia ha de formar parte de la cultura superior e integral que un hombre debe conocer.

Cuando a juicio de algunas personas la cultura humanística clásica corre peligro de extinción, reiterar los anteriores planteamientos puede parecer un tanto irresponsable. Y sin embargo no está de más volver a subrayar, junto a la importancia de Shakespeare o Esquilo, cuán relevante es la biología molecular. Quizá tiempo atrás pudiera sostenerse que quien desconocía la literatura universal era un ignorante, evitando ese apelativo a la hora de calificar a los desconocedores de la matemática. Sin duda, hoy hemos de revisar tan diversa valoración.

En definitiva, el problema de las humanidades también es responsabilidad de quienes las cultivamos. Así, mientras que la ciencia mantiene ciertos controles de calidad, en las humanidades hemos desdeñado ese tipo de vigilancia –piénsese en el bajo nivel de las tesis doctorales–, y ello ha influido en el escaso respeto con el que muchas personas –las profanas– se fijan en nuestras disciplinas.

De acuerdo con ese diagnóstico, es cierto que deberíamos tener una sensata inquietud por una situación cultural que, en muchos sentidos, no es buena. No obstante, quizá reivindicando la huella orteguiana, conviene añadir que la alta cultura es algo inevitablemente minoritario. Y, desde luego, ello no debe situarnos en posiciones apocalípticas, pues no creo que las nuevas tecnologías ni esa degradación que pueden provocar los medios audiovisuales entrañen, a la postre, la extinción de la cultura. En lo que me concierne, evito esa postura extrema pero soy realista y no me hago demasiadas ilusiones a la hora de valorar las posibilidades de difusión de un proyecto como *Revista de Occidente*, cuya naturaleza es minoritaria. De todos modos, no viene al caso resignarse: la difusión de una revista depende muchas veces del esfuerzo de quienes la realizan, que deben lograr que sea clara y contenga materiales de interés general. Con ese entusiasmo, es indudable que aún hay un espacio en la sociedad para este tipo de publicaciones.

Aunque mi planteamiento pueda resultar polémico para algunos lectores, sostengo que la misión de la inteligencia –palabras grandilocuentes, pero orteguianas también– o, por mejor decir, la misión del intelectual es ver claro. La transformación de la realidad podrá ser urgentísima, y sin duda lo

es, pero es obra de otras personas, y en la medida de lo posible debería ir guiada por esa visión clara que menciono. De ahí que *Revista de Occidente* se limite a defender los valores de la alta cultura y la búsqueda de la excelencia. Naturalmente, es posible que ese propósito alcance luego a transformar la realidad, pero en principio no refleja una intención de influir en la marcha de los acontecimientos. Bien mirado, si el ejercicio crítico supone una suerte de denuncia o enmienda social, conviene insistir en un hecho cierto: la influencia que puedan ejercer las publicaciones de esta naturaleza es, en todo caso, indirecta, y llega a través de su entendimiento de la realidad.

Desde luego, no se puede esperar de *Revista de Occidente* el mismo tipo de controversia que muchas veces hallamos en los medios audiovisuales e incluso en la prensa escrita. Y entiéndase bien, no recorro aquí a un elitismo mal entendido, sino al hecho de que los grandes temas han de ser tratados en nuestras páginas de una determinada manera. Asimismo, no debemos perder de vista la jerarquía de los asuntos, discriminando lo relevante de todo aquello que no lo es.

Por lo demás, tratándose de una publicación mensual, hemos de someternos a un plan de trabajo que obliga a preparar los números de forma anticipada, lo cual impide abordar una materia que sea de inmediata actualidad. Todo ello nos sitúa en un delicado equilibrio: no hemos de despreocuparnos de los asuntos que importan, aislándonos en un círculo selecto; y al tiempo, a la hora de abrir las páginas de la revista a esas cuestiones, hemos de hacerlo desde esa perspectiva de calidad.

Es lógico que cuando la divulgación degrada aquello que se pretende transmitir, esa actividad divulgadora tenga «mala prensa». Pero planteemos el modelo contrario: es muy de alabar que un gran investigador en oncología pueda explicar a un público culto los últimos avances en la lucha contra el cáncer. En todo caso, la dificultad estriba en lograr que esa persona competente demuestre a la vez cualidades literarias para difundir sus conocimientos. Y es que ése es, sin lugar a dudas, el par de objetivos que pretendemos en nuestros colaboradores: dos cualidades que no siempre se dan juntas y que atañen, por un lado, al rigor y la excelencia, y por otro, al estilo y a la capacidad de expresarse de forma clara y atractiva, pues la revista es, en este sentido, literaria. Con ese doble requisito, la idea de una alta divulgación es muy noble, dado que divulgar no significa hacer vulgar, pero sí hacer corriente y, en definitiva, extender el conocimiento.

Mi idea es que, desde el punto de vista intelectual, el peso de la tradición ha sido en gran medida favorable para *Revista de Occidente*. Llegado a este contexto, quiero observar que esa trayectoria, tan fértil en novedades,

repercute intensamente en lo que podemos llamar el reconocimiento social de nuestra publicación. Es posible que ese prestigio de la cabecera en los ambientes de la cultura haya sido distinto en cada una de sus épocas, que yo resumo en tres etapas principales. Siendo modestamente orteguiano, experimento la tentación de plantear un proyecto editorial parecido al que diseñó su fundador, pero soy consciente de que se trata de un propósito imposible, puesto que mis fuerzas y capacidades no son las de Ortega ni las de Fernando Vela, su secretario de redacción. Tampoco la coyuntura cultural de España y Europa es la misma: hoy no tendría sentido esa labor difusora de novedades, entre otras cosas porque ya está hecha. Ahora bien, conserva su significado esa intención de establecer desde las páginas de la revista el sentido jerárquico que mencionaba más arriba. La selección, la distinción de lo relevante y lo irrelevante, y el subrayado de aquellas materias que van a tener importancia en los próximos años. Creo, sin embargo, que no es tan fácil concretar ese plan. Acaso sea preciso seguir las palabras que escribió Ortega para presentar el primer número. A su juicio, los imperativos de la revista debían ser la jerarquía y la claridad. Dicho de otro modo, la revista ha de servir para aclarar el panorama cultural y, siguiendo esa misma línea de alta divulgación que vengo defendiendo, cubrir el espacio que no cubren ni el trabajo estrictamente académico ni tampoco los suplementos culturales de la prensa.

Sin ningún ánimo de rivalidad, pretendo que la revista siga ocupando su lugar junto a otras excelentes revistas del ámbito hispanohablante. Con una intención no casual, uno de los objetivos que defendemos es la proyección de *Revista de Occidente* en América Latina. En cierto sentido, es nuestro deseo que, sin dejar de ser una publicación española, sea también iberoamericana. Así distribuimos los esfuerzos, hay una serie de contactos que propician ese fin, pues la Fundación Ortega y Gasset tiene sedes en algunos países hispanoamericanos, concretamente en Argentina y Colombia, y también se vincula a México a través del Colegio de México. De manera que el acercamiento ya está hecho; tan sólo se trata de que el cauce funcione y surjan de él colaboradores y artículos. En este empeño, son substanciales las propuestas de las personas de la Fundación en estos países, e incluso cabe la posibilidad de incorporarlas al Consejo de Redacción. Asimismo, estudiamos la alternativa de editar *Revista de Occidente* en Latinoamérica. Se trataría de la misma publicación que aparece en el mercado español, sin cambios. No sería necesario plantear una edición especial para cada uno de estos países. Es más: ni siquiera las páginas de crítica literaria han de diferenciarse, dado que las reseñas de los libros pueden ser recibidas con igual interés por todos los lectores.

No obstante, más allá de estos propósitos, lo relevante es la entrada de colaboradores americanos y la difusión de la revista al otro lado del Atlántico.

Menciono este acercamiento de *Revista de Occidente* a Iberoamérica como uno de los proyectos que asumo en mi nueva condición de director. Una responsabilidad que, si bien me llena de agrado, también me lleva a resaltar una circunstancia evidente, y es que lo normal en un caso como éste, teniendo en cuenta la ya mencionada tradición de nuestra cabecera, es mantener una línea de continuidad. Hablando en términos políticos, el reformismo radical queda descartado, pues no tendría sentido promover modificaciones revolucionarias en lo que fue el proyecto de Ortega. Como es lógico, cada persona tiene sus criterios particulares, y es obvio que habrá algún cambio que ya estamos estudiando. Por ejemplo, cabe pensar en las variaciones que ha de experimentar el Consejo de Redacción y también, por qué no, en el fomento de la revista en el territorio español, sobre todo en zonas como Cataluña.

Hablo de difusión y, obviamente, pienso que el lector al cual hemos de dirigir nuestra oferta intelectual. Porque, claro está, no cabe encauzar este tipo de producto hacia un perfil exclusivo de público. Al contrario: el abanico de lectores ha de ser amplio y englobar a toda persona culta que pretenda adquirir una orientación en el ámbito de las humanidades y de la ciencia. No soy un experto en la materia, pero el examen del mercado notifica cierta movilidad que resalta la existencia de una audiencia potencial. Se crean nuevas revistas de ideas. Algunas tienen una vida corta, otras fracasan, pero el hecho de que se den estos intentos significa que hay lectores interesados por la alta cultura. Ahí está el caso de la revista mexicana *Letras Libres*, una notable publicación que también se difunde y edita en España. Así, pues, hagamos notar que el panorama no se ha estancado.

Todavía este asunto nos permite hacer otra observación que se refiere al relevo generacional de los lectores. No tengo una completa seguridad sobre ello, pero intuyo que quizá la integración de los jóvenes a este tipo de proyectos es insuficiente. No sé si esa circunstancia atañe de un modo particular a *Revista de Occidente*. En cualquier caso, este proceso tiene mucha importancia y proyecta un reto, porque si el conjunto habitual de lectores no se renueva con el paso del tiempo, el problema que se plantea es elemental. De cualquier modo, prefiero alejarme una vez más de las posturas extremas, pues no creo que el panorama sea negativo. Pese a que carecemos de datos concretos, cabe afirmar que hay jóvenes entre los lectores de la revista —quizá no haya tantos entre los suscriptores—, así que sería inexacto caer en los pronósticos apocalípticos.

Por todo lo que llevamos dicho de *Revista de Occidente*, podremos considerarla como fiel a su herencia. En cierto sentido, es ésta una publicación más contemplativa que activa; de ahí que vuelva a tener presente ese escrito de presentación del primer número, donde Ortega decía que la revista debía ser ajena a la política, porque ésta tiende a confundir siempre las cosas. De hecho, en la actualidad, sigue manteniéndose fiel a esa línea y carece de orientación ideológica. La revista pertenece a la Fundación y ambas son absolutamente independientes de partidos o instituciones. Tampoco están supeditadas a ningún grupo de comunicación y, en cualquier caso, nuestro propósito es mantener una relación correcta con todos los medios periodísticos. Por lo demás, si hablamos de lazos en este marco, sólo cabe hablar de esa tradición de colaboradores literarios que esperamos mantener, enriquecida por las nuevas firmas que se incorporen a nuestras páginas.

En definitiva, resumiendo las perspectivas de esta nueva etapa, esa orientación general de la que hablaba y el mantenimiento de los antiguos colaboradores son dos aspectos de una misma realidad: cabe cierta tendencia reformista dentro de una continuidad con lo que ha sido el espíritu de la revista. Al señalar esto en la era de Internet, cuando se pronostica la desaparición de las ediciones impresas, confirmo la validez de un formato como el nuestro. No sé si caigo en un prejuicio elitista, pero sostengo que hay muchos lectores que aún prefieren el ejemplar bien encuadernado, cuidado desde el punto de vista estético. Aunque secundario, ese placer también forma parte del hábito de la lectura. Quizá este pronóstico se revele incierto dentro de unos años, pero a corto plazo sigo confiando en esa preferencia clásica de los lectores.